

¿QUÉ FUTURO TIENE DE LA DÍADA DERECHA-IZQUIERDA?*

Joaquín Fernandois

Los cambios políticos en el mundo, en general, incluyendo la idea del “fin de la historia”, y el desarrollo de una política en alto grado consensual en Chile, en lo particular, han puesto en duda el que exista todavía una diferencia sustancial entre izquierda y derecha.

En este artículo, siguiendo el esquema formal propuesto por Bobbio, se analiza el ensayo “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”, de J. Samuel Valenzuela, así como el trabajo de Arturo Fontaine Talavera, “Significado del eje derecha-izquierda”. En su análisis, Joaquín Fernandois hace referencia al pasado y el presente del eje o díada izquierda-derecha, señalando que como puntos cardinales —cuyo contenido es cambiante—, la izquierda y la derecha son consustanciales a la política moderna, y que ambas mantienen, aunque de manera menos dramática, su presencia en la política nacional y en gran parte del mundo. Para que sobrevivan las instituciones modernas —sostiene Fernandois— la política debe sobrevivir a su desdramatización.

JOAQUÍN FERNANDOIS. Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

* El autor agradece las esclarecedoras conversaciones que mantuvo con Eduardo Gomien Díaz.

Después del fin de la Guerra Fría se ha hecho omnipresente la pregunta, que se quisiera contestar negativamente, de si todavía tiene sentido la antigua división —o “díada”, usando el término empleado por Bobbio— entre “derecha” e “izquierda”. Es casi tan común como la expresión de “malestar con la política”, aquí y en todo el mundo. Esto no es casualidad, ya que ambas reacciones están íntimamente relacionadas. Por una parte, la política moderna de los dos últimos siglos ha estado vinculada a un “interés público” que siente que “la política”, para bien y para mal, es un componente importante de su relación con la sociedad. Por otra parte, desde la Ilustración en el siglo XVIII, la dinámica de la política moderna ha distinguido a la “derecha” y a la “izquierda” como sus coordenadas básicas, aunque no exclusivas, si no en el nombre al menos sí en los hechos.

La creciente sensación de nuestro tiempo acerca de la presunta inutilidad de esas coordenadas ha llevado a la idea de que la política moderna sencillamente se acabó, que ya agotó las últimas posibilidades. A esto se refiere el término, hoy en boga, de “posmodernidad”. En este caso, se hablaría de la posmodernidad en política. Otras veces se ha hablado del “fin de la historia”.¹ Pero cuando advertimos que posmodernidad se define como lo que ha llegado a ser “después” de la modernidad, vemos que se trata de algo que también era uno de los rasgos del mundo moderno. Con todo, el problema no es pura invención. Y una pregunta que merece ser planteada es la de si no se estará agotando lo que se ha considerado hasta ahora como modernidad. Pero el rótulo de “posmodernidad” que se emplea con tanta facilidad oculta la mayoría de las veces un tipo de lenguaje que está aprisionado por el *marketing* de los ídolos del foro, o sea, lugares comunes, lo que empalidece la posibilidad de entender a nuestra época.

En este comentario enfocaremos el problema a partir de dos artículos publicados recientemente en *Estudios Públicos*, en los que se trata el caso de nuestro país.² J. Samuel Valenzuela, norteamericano de origen chileno,

¹ Con esto se alude a la conocida tesis de Francis Fukuyama en “¿El fin de la historia?”. A pesar de las ideas comúnmente expresadas, Fukuyama, en los hechos, matizó sus ideas en la última parte de su libro *The End of History and the Last Man* (Nueva York: The Free Press, 1992). Véanse también Fukuyama, “Capitalismo y democracia: El eslabón perdido”, y Arturo Fontaine Talavera, “El futuro de una ilusión”, ambos en *Estudios Públicos*, 54 (otoño 1994), pp. 377-393, y Joaquín Fernandois, “¿Fin de la historia en el fin de siglo?”, en “Artes y Letras”, *El Mercurio*, 28 de abril de 1992.

² Se trata de los trabajos de J. Samuel Valenzuela, “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”, y de Arturo Fontaine Talavera, “Significado del eje derecha-izquierda”, publicados ambos en *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995).

analiza el sistema de partidos en Chile como un fenómeno político de larga duración; Arturo Fontaine Talavera, a su vez, lo enfoca, según los resultados de varias encuestas de estos últimos años, desde el ángulo de la permanencia, al menos formal, de la oposición derecha-izquierda. Ambos artículos arrojan una serie de ideas acerca de la política de nuestro tiempo, y convergen en un tema que ha sido puesto sobre el tapete por un ensayo sobrio y penetrante de Norberto Bobbio.³ De esta manera, Bobbio será el trasfondo sobre el cual se extenderá el comentario de las obras reseñadas, aunque no comparto todas sus preferencias.

¿Origen y meta de la izquierda y la derecha?

Como se decía, la *díada*, o ser de dos cuerpos, se origina en el vocabulario político francés posrevolucionario. Pero en los hechos, la izquierda nace con la Ilustración, cuando se crea una “opinión pública” de los *hommes de lettres*, que dirige sus armas intelectuales contra lo que se veía como el proceso de diferenciación en la historia y en la sociedad. La sociedad existente era el problema. La derecha surge cuando un sentimiento conservador en relación al orden social (o sociedad a secas) se hace audible en el plano político, aunque, como se verá, “derecha” y “conservadurismo” no son necesariamente sinónimos. La *díada* se origina cuando la legitimidad del orden social deja de ser fundamentalmente tradicional (“porque es una herencia del pasado”) y pasa a ser objeto de la disputa pública: “¿qué es y qué debe ser la sociedad?”. Para la izquierda el “es” conlleva un acento peyorativo, por lo que la esperanza en un mejoramiento se pone en el “debe ser”. La respuesta políticamente organizada, la derecha, pone la duda peyorativa en el segundo componente y se esfuerza por encontrar los fundamentos positivos de la política en el “es”, en el ser que le parece connatural.

Una argumentación de este tipo nos explica por qué la *díada* izquierda-derecha sólo puede surgir en el medio de la “política moderna”, cuando la sociedad llega a ser discutible, con una variedad de instrumentos que van desde las premisas intelectuales hasta otros más concretos, como las armas. La división izquierda-derecha, entonces, sólo tiene sentido en estos dos últimos siglos y dentro del espacio del “sistema europeo”, o la sociedad de las “autonomías relativas”, donde la crítica es parte de la estructura de la

³ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (Madrid: Taurus, 1995; trad. de la segunda edición italiana, Roma, 1995; primera edición, Roma, 1994).

sociedad, pero cuya premisa —de la crítica— es que no puede configurar el todo de la sociedad.⁴ La crítica cambia a la sociedad, pero en ese cambio también experimenta los efectos de las nuevas circunstancias, que en parte responden a la respuesta (creativa y de otro tipo) de lo criticado y de las fuerzas criticadas. Existe otro elemento en el origen de la *díada*, a saber, la diferenciación entre Estado y sociedad (o sociedad civil). Hay un espacio en el cual se mueven con relativa libertad fuerzas y actores, cuya existencia es inseparable del todo, pero que no pueden ser considerados como meras piezas de una función. En el mundo moderno presenciamos una “*flotabilidad*” en la cual los actores políticos se definen y no se definen por la sociedad; se definen y no se definen por ellos mismos; en todo caso, ellos no dependen enteramente del poder, salvo que aceptemos la tesis foucaultiana. El fenómeno adquiere estatuto político con el advenimiento de los sistemas democráticos en Estados Unidos y en Europa Occidental, que después se transforman en fuerza de atracción de un mundo encogido, pero no menos complejo.

Todo esto esclarece lo que Bobbio plantea en su ensayo: que la izquierda y la derecha constituyen dos polos excluyentes (no se puede ser al mismo tiempo de izquierda y de derecha), pero que la existencia del uno se ve instantáneamente comprometida al desaparecer el otro del reino de lo real. En el esquema de Bobbio es posible la existencia de puntos intermedios, ya que actúa según la proposición del “tercero incluyente”, “una doctrina en busca de praxis”, que no negando la *díada*, la supera en lo que ambas tienen como lo mejor de sí.⁵ Para el pensador italiano esto es el “socialismo liberal”. Pero caben muchas acepciones; y lo fundamental es que el “centro” no sólo es un componente de la política moderna, sino que es la *díada* la que le ofrece la lógica de existencia.

La proposición del “socialismo liberal” no es nueva; estaba en el último Bernstein y, aunque cueste creerlo, en el último Merleau-Ponty. Pero no debe ser fácil hallar otro ejemplo de lucidez y sana simplicidad en las ideas en una época donde la atmósfera intelectual no deja pensar muy tranquilamente acerca de la política, a la que se la ve como *demodé*, y donde la atmósfera política invita a un placentero eterno presente. Por ahora dejemos planteado que el italiano afirma la pervivencia del eje izquierda-dere-

⁴ Esta conceptualización la he aprendido del historiador alemán Ernst Nolte —a quien el mismo Bobbio cita—, a lo largo de su vastísima obra. Se puede encontrar principalmente en *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas* (Barcelona: Península, 1971; original, 1968), pp. 7-27; y en *Deutschland und der Kalte Krieg* (Munich: Piper, 1974), pp. 73-88.

⁵ Bobbio, *op. cit.*, pp. 55-59.

cha aun en el mundo político posterior a la Guerra Fría, y manifiesta sus preferencias por la izquierda, siguiendo su “estrella polar”, la igualdad.

Existen muchos conceptos que podrían revelar la arquitectura íntima de la política moderna: moderación-extremismo, libertad-orden, nacionalismo-internacionalismo, liberal-conservador, progresista-reaccionario... Pero ninguna ha tenido la referencia tan persistente como la de derecha-izquierda. No es que no se la haya negado. La idea —y a veces los hechos— de que hay que superar la división de izquierda-derecha ha nacido y renacido con el desarrollo de nuestro siglo, aunque haya sido más rara, o más inconfesada, dentro de la izquierda. El ser de “derecha”, a secas, no ha sido en Chile precisamente *chic*, salvo en pequeños círculos sociales que poseen, en su aislamiento, débil eficacia política. Esto, en nuestro país y en el ancho mundo, se ha repetido innumerables veces. Con todo, en las más diversas sociedades ha tenido su correspondencia, y las palabras más inclusivas y más prácticas para una conversación rápida, para describir la posición de un grupo político en el espectro, y sus políticas probables, son las expresadas por la diáda. Sin reflejar necesariamente la realidad profunda de la política, al menos como eficacia para la comunicación instantánea, ellas son imprescindibles en el habla cotidiana. Esto ya es un indicio de que su existencia no es puramente casual. Cuando se la niega, ello nos hace caer en la sospecha de que se pretende encubrir, como inconfesable, la expresión de ideas y voluntades de derecha; lo mismo se puede decir cuando se niega la existencia de las ideologías y se señala que “las ideologías se terminaron”. El mismo Bobbio ironiza sobre este punto.⁶ Pero se debe anotar que la derecha, más que la izquierda, aunque no exclusivamente, ha debido luchar contra la “ley de la imagen”, sobre todo en una era en la que la sospecha de no representar el “progreso” era definitivamente una objeción políticamente catastrófica. De ahí que se haya tenido que dejar en suspenso lo de ser de “derecha” para poder hacer de su punto de vista un argumento sustentable en sí mismo. Hay que añadir que la izquierda por esencia ha sido conceptualizadora, ha verbalizado su persuasión. La derecha, en cambio, confía más en la supervivencia de una mentalidad.

También el reclamo contra las ideologías puede representar una ideología encubierta; pero cualquier persona con capacidad para apreciar al menos una sombra del todo de la realidad política, no puede dejar de observar que muchas veces cuando se empuñaban las armas ideológicas se oscurecía la cuestión de fondo: ¿cómo, para qué y a qué costo es mejorable la sociedad? No existe persuasión ideológica que a su turno no se haya

⁶ *Ibíd.*, p. 51.

quejado acerca de las consecuencias nefastas de una “ideologización” del debate. Las ideologías pueden ser un horizonte indispensable de la instalación del “animal político” en el espacio público, pero no poseen en sí la llave intelectual de la realidad. La voluntad de poder prima —y debe primar— en ellas por sobre el “interés de conocer”; pero el lenguaje de la política se degrada en aullido de batalla sangüinaria si no está provisto también de argumentos que se puedan sostener en una apacible conversación entre pensadores. No se debe olvidar que en Chile la crítica a la existencia del eje ha estado aparejada con las amenazas de fractura del orden social, en donde el triunfo total y sin limitaciones de un actor del espectro conduce a una disolución. Esto es así porque la díada representa coordenadas, pero no la totalidad, ni mucho menos, de la vida política.

Pero ello no resta al hecho de que la díada y el lenguaje (hasta cierto punto) ideológico son realidades del mundo de la política. Han constituido las coordenadas cósmicas de la política moderna, de la sociedad “discutidora”, y en todas partes, si no en las palabras al menos en los hechos, se podían identificar fácilmente las fuerzas que eran o ejercían la función de izquierdas o derechas. Era raro el tipo de conflicto que cruzara de manera indiferente, o igualmente proporcionada, a la díada. A veces la calificación podía ser grotescamente formal, como las guerras civiles en África en los años de la Guerra Fría, donde una “izquierda” y una “derecha” enmascaraban rivalidades puramente tribales. Con todo, éstas a veces podían conducir a consecuencias que se identificaban con una parte de la díada, como el cruel régimen marxista de Mengistu en Etiopía o el apoyo que recibió Mobuto en Zaire de parte de EE.UU. y de Francia.

Hay que coincidir con Bobbio, también, como lo sugiere la referencia al África negra, en que la díada se maneja con conceptos relativos, formales, no sustanciales. “Lo que es de izquierda lo es con respecto a lo que es de derecha. El hecho de que derecha e izquierda representen una oposición quiere decir simplemente que no se puede ser al mismo tiempo de derecha e izquierda. Pero no quiere decir nada del contenido de las partes contrapuestas.”⁷ Para Bobbio, la díada expresaría el carácter sustancialmente conflictivo de la política. Esta afirmación tiene un aire excesivamente rotundo, y Bobbio especifica un contenido preferente para cada parte de la díada: la igualdad para la izquierda, resistida en favor de la jerarquía o autoridad por la derecha. En todo caso, añade que los hombres son tanto iguales como desiguales, que ser “igualitario” no significa ser “igualitarista”.⁸

⁷ *Ibídem*, p. 129.

⁸ *Ibídem*, pp. 144-147.

Pero interesa agregar una reflexión a esta idea. El carácter conflictivo de la política no se refiere necesariamente a una comprensión de la misma de acuerdo a una díada “amigo-enemigo”, sino que a una sociedad, que, producto de la modernidad (yo preferiría hablar de “mundo moderno”), debe pensarse a sí misma como posibilidad. Sólo que esto no significa necesariamente que la posibilidad sea la afirmación de un “proyecto” de futuro, una construcción racional y mejor, en donde el norte sea la igualdad, como dice Bobbio, que aquí quiere fundar una continuación de la idea de “izquierda”. Existe otra posibilidad de reacción ante el dilema de la modernidad, que puede ser igualmente pensada, discutida y argüida, pero cuyo norte es la convicción de que existe un orden inherente (sobre cuya íntima naturaleza caben dispares interpretaciones, aunque no sideralmente distantes entre sí), y que sólo dentro de ese orden cabe el “mejoramiento”, que es lo que el hombre ha descubierto en el mundo moderno. Aquí, a mi juicio, radica la base de la derecha. En este dilema, la izquierda afirma que la igualdad debe ser la meta reguladora de sus ideas, mientras que la derecha, sin negarla forzosamente, muchas veces la subordina a la necesidad de orden o de libertad (o jerarquía, en realidad). Se entiende, claro está, que aquí hablamos de conceptos normativos y no de la conducta real de ambas caras de la díada.

Bobbio apenas roza un tema que parece capital, esto es, la posición de ambas partes de la díada con el binomio progreso versus conservación. La izquierda, en casi todos sus matices, se identificó fuertemente, desde su nacimiento, con el principio del progreso. Ya sea de una manera que simplemente podríamos llamar “moderada”, la izquierda ha considerado que el progreso constituye un imperativo moral para el hombre político. En su versión más radical, pero que empapó a la casi totalidad de la izquierda, el progreso viene a ser el sustrato íntimo de la historia (o Historia), su sentido final. En ambas visiones se dio el presupuesto, por lo demás similar al del liberalismo, que progreso material y progreso moral coincidían o eran sencillamente lo mismo.

Podía existir una izquierda prudente, “moderada” diría Bobbio, que no identificara todo lo que se impone como “progreso”; y una derecha “moderada” que admitiera y asumiera tanto una cuota de igualdad como un acomodo con el cambio histórico. Y en ambos campos se daban fuerzas radicalizadas que deseaban anular parte o la totalidad de la política moderna. En la izquierda, las fuerzas extremistas que tuvieron el plazo más largo y constituyeron la voluntad de poder con más ases en la mano fueron los partidos y sistemas totalitarios, que se vieron a sí mismos como la sociedad final en la historia (e Historia). Las fuerzas extremistas en la derecha, más

temporales, pero de un radicalismo asombroso, están representadas por el nazismo, que se origina en una cultura de extrema derecha, aunque es cuestionable que su utopía (pues, en cierta manera, también la tenían), una sociedad inmóvil eternamente en combate con el enemigo, corresponda a alguna finalidad de la derecha “clásica”. La Segunda Guerra Mundial giró en torno a estas visiones, aunque, como se verá, el papel de las democracias industriales anglosajonas fue decisivo en la derrota de ese tipo de “extrema derecha”. En fin, mientras la izquierda se asociaba a una confianza en el “proceso histórico”, como intrínsecamente positivo, la derecha tenía una actitud de desconfianza, que llamaba a la prudencia cuando era “moderada”, y que combatía sin cuartel (es decir, sin mayor aprecio por las instituciones políticas modernas) cuando era “radical”, para utilizar el esquema de Bobbio. Casi tanto como el tema de la igualdad, es en esta relación, no suficientemente destacada por Bobbio, donde radicó un elemento prístino de distinción entre izquierda y derecha.

Pero no es del todo prístino, como nada en la historia lo es. En la izquierda, y hasta en el mismo Marx, había un rasgo radical-reaccionario que emerge con mayor perfil después de la Guerra Fría, pero que estaba presente desde sus orígenes y que nunca deja de acompañarla. Se trata de una visión de negatividad frente al proceso histórico. Éste consistiría en una paulatina decadencia, que llegaría a su máxima degeneración en la sociedad burguesa. El temprano socialismo se origina en la defensa con aires conservadores de algunos fueros de los sectores que comenzaban a ser afectados por la economía moderna. Es Marx quien, fundamentalmente, invierte la ecuación y afirma la positividad de la historia. Pero en un rasgo contradictorio, también afirma su paulatina degeneración, antes de la inversión final, con la revolución proletaria. El comunismo del siglo XX significó encontrar la positividad de la historia en su propia construcción social. Pero por cruel paradoja debió decretarse a sí mismo como el progreso y lanzar un proceso de congelamiento sobre todo lo espontáneo; por dar un ejemplo, nunca quedó más claro su negativismo que en la condena absoluta del arte moderno, incluso de aquel que por un momento lo acompañó.

En la derecha, a su vez, sobre todo cuando se distancia de una sensibilidad conservadora que siempre está en su origen, se advierte un entusiasmo por el “progreso” que puede tener consecuencias revolucionarias.⁹ Una derecha victoriosa tendrá, en este sentido, más tentaciones de interpretarse como el movimiento de la historia y de identificarse con el

⁹ Joaquín Fernando, “Movimientos conservadores en el siglo XX. ¿Qué hay que conservar?”, a publicarse próximamente en *Estudios Públicos*.

grito del momento. Su asociación, en general, con la economía de mercado, fortalece su admiración por una continua abstracción de la vida y la ruptura de lazos tradicionales. Quizás esto ha sido una de las precondiciones del mejoramiento material, pero aislado de categorías políticas y morales se convierte en simple progresismo, frágil ante las crueldades de los recodos de la historia. Con todo, en la política actual se tiende a disolver la diferencia según sea la positividad o negatividad (o prevención) con que se considere el movimiento histórico, y con ello se podría estar arribando al fin (en el sentido de meta) de la política moderna. En la parte última de este ensayo se volverá sobre este punto.

La década en el sistema internacional

¿Existe el binomio izquierda-derecha en el sistema internacional? Al menos ha existido claramente de dos formas. Quizás rara vez con estas palabras, pero también aquí en los hechos se ha dado desde el siglo XIX una dicotomía ocasional entre Estados que se consideran o son considerados por sus antagonistas como parte del *establishment*, y aquellos que tienen un interés en subvertir un orden internacional dado. A veces esto es puramente formal, cuando se trata de un mero “revisionismo”, como el caso del la Tercera República francesa entre 1871 y 1914, para luego pasar a ser parte de un *establishment*, frágil eso sí, después de Versailles. Pero la década ha sido un hecho central en el siglo XX, sobre todo en la época de la Guerra Fría, aun concediendo que para distinguir entre izquierda y derecha hay que hacer un uso algo forzado de los conceptos.

El desafío de la Alemania nazi no es fácilmente clasificable como de “izquierda”. Pero en su dinámica final envolvía la destrucción no sólo del comunismo (=judaísmo), sino que de las potencias tradicionales, al menos en Europa. A su alero, aunque en formas más moderadas, surge en el mediodía europeo, aunque también con manifestaciones en Europa Central, la idea e ideología de que existen naciones “ricas” y naciones “proletarias”, siendo la riqueza de las primeras el origen de la pobreza de las segundas. Esto tiene una influencia directa en el “estructuralismo” de la CEPAL, primero, y en la “teoría de la dependencia”, después, por estos lares latinoamericanos. Esta idea de “pauperización” en el sistema internacional tiene otra veta más conocida, la “teoría del imperialismo” de raigambre marxista, pero ambas coinciden en expresar a nivel internacional lo que la década expresaba a nivel político interno. Durante la Guerra Fría, la URSS representó, por decirlo así, con exageración reconozco, la “izquierda”; y EE.UU.,

la “derecha”. Pero el segundo (Occidente en general) mantenía dentro de sí la posibilidad moderada de la izquierda, mientras que el primero congeló la dinámica de la díada (¡el pensamiento marxista, incluso, sólo tuvo creatividad en Occidente!).

A esto hay que añadir otro elemento para entender la díada en el sistema internacional. Se trata de la “política mundial”. Su traducción original —como *Weltpolitik*, *world politics* o *politique mondiale*— nos pone en el horizonte de la idea de que una gran potencia, para gozar del status de tal, debe ampliar los horizontes de sus intereses y alcanzar prácticamente todos los rincones del globo. Su espacio es nada menos que el sistema internacional planetario. Pero esto es indicativo de otro fenómeno: la aparición de conflictos e intereses globales que no se enmarcan estrictamente dentro de las relaciones interestatales, y que tiene que ver con los debates de las respectivas opiniones públicas. En otras palabras, desde la Ilustración existe una suerte de “opinión pública internacional” en cuyas categorías la díada ha jugado un papel destacado, sobre todo durante los años de la Guerra Fría. Esto no es tan claro como al interior de los sistema políticos, pero de todas maneras, v. gr., las simpatías por la política exterior norteamericana podían ser calificadas de “derecha”, mientras que las simpatías por los “no alineados” liderados por el dictador cubano —por más bufonesca que haya sido su realidad— pueden ser calificadas de “izquierda”. El apoyo a las políticas del Banco Mundial y de la Radio Europa Libre, aunque no necesariamente en los mismos autores, no dejaban de reconocer a grandes rasgos una actitud de derecha. La simpatía por los “movimientos de liberación nacional”, articulada políticamente, casi siempre venía con mayor emoción y consistencia de las filas de la izquierda. La guerra civil española, hace seis décadas (¡cómo pasa el tiempo!) tuvo, con muy pocas excepciones, un público mundial expectante, dividido innegablemente de acuerdo a la díada, aunque lleno de matices no despreciables.

Esto no corresponde a la actitud concreta de los Estados, pero es una fuerza internacional (o transnacional si se quiere) que no se puede desconocer. No es lo mismo que el crecimiento de los actores no estatales del sistema internacional, ya que éstos siguen emergiendo. Pero en el mundo del presente la díada parece esfumarse y estos actores se aglutinan no en grandes coordenadas, sino que en torno a temas específicos (ecología), que por importantes que sean ya no aparecen dramáticamente vinculados a un ser y deber ser del orden social, el espacio específico de la díada. Pero antes de seguir desplazándonos por estas rutas aparentemente tan distantes de nuestras costas, volvamos a lo que nuestros autores nos pueden entregar para la comprensión de la posible supervivencia de la díada en Chile.

Transformación y continuidad en la política chilena

J. Samuel Valenzuela ha tenido, junto a su hermano Arturo, una trayectoria conocida en los estudios de ciencia política en Chile, particularmente en el ámbito referido al sistema de partidos políticos. Su trabajo “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”¹⁰ puede considerarse como un producto refinado de su producción total. Aunque no pocos historiadores fruncirán el ceño debido a que consideran que sus fuentes son insuficientes, Valenzuela pertenece a los pocos cientistas políticos que sabe que la historia es un campo empírico indispensable para el análisis politológico. En Chile esta verdad se olvida, tal como sucede en el caso de los historiadores, quienes han hecho poco uso del lenguaje de la politología, el que podría enriquecer su trabajo. De la combinación resulta un acervo de ideas para el historiador de la política, muchas veces enmarañado en un relato excesivamente positivista, al menos hasta hace un par de décadas. Por otro lado, le resta pedantería y hermetismo al trabajo del cientista político, inútilmente forzado a predecir lo impredecible y quien, para ocultar su esterilidad innecesaria, cubre sus escritos de dificultades que ya nadie lee.

Aunque en el trabajo que comentamos se echa de menos algo de una prosa que revele el particular misterio de lo político, Valenzuela construye sus argumentos analíticos por medio del análisis histórico. Su objeto es el sistema de partidos y su articulación en dos ejes sucesivos, el “clerical-anticlerical” primero, desde mediados del siglo XIX hasta *ca.* 1920, y el “socioeconómico”, después, a partir de la década de 1920 hasta casi nuestros días. En la última parte, al analizar los cambios producidos por el gobierno militar (sobre el cual es más analítico que lo que suele hacerse en las universidades norteamericanas, menos cargado del IVA de “corrección política” tan usual en este tema), el trabajo es interesante, pero pierde seguridad en sí mismo al tratar de determinar cuál es el eje político de la actualidad. La razón es simple: la dñada depende de la política moderna, y sus contornos actuales nos parecen oscuros. Chile no podía ser la excepción.

El uso corriente de la expresión derecha-izquierda en Chile se constata en la década de 1930, que vio una progresiva polarización en este sentido. Entre los años veinte y los años treinta cambia el carácter del sistema político chileno. Valenzuela lo denomina el eje socioeconómico,

¹⁰ J. Samuel Valenzuela, “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”, *op. cit.*

que reemplazaría al clerical-anticlerical, aunque desde luego hay superposiciones en el tiempo. El segundo se conforma a partir de mediados del siglo XIX, y lo diferencia de otros sistemas latinoamericanos el medio más institucionalizado en que se movía. Su aporte más lúcido en este sentido es el de llamar la atención hacia el hecho de que en Chile había “democracia antes de la democracia”. Se ha hecho hincapié en la no existencia de una democracia “real” en el Chile decimonónico (y después también). Pero Valenzuela, en una nueva visión compartida por otros, ve en el tipo de movilización y competencia por clientelas más o menos cautivas, una manera de educación para la democracia que ha sido decisiva para la relativa estabilidad institucional posterior, al menos visto el fenómeno desde una perspectiva regional.

Así, el cohecho, estigmatizado como distorsión de la voluntad del electorado, puede ser considerado como una forma de mantener un público o “clientela” que de todos modos hubiera estado inclinado a votar por el “cohechador”, pero que recibía una retribución (o “gratificación” según se decía) como el “cliente” de la maquinaria del partido moderno recibe un puesto de trabajo en el aparato del Estado. Por lo demás, cuando el cohecho llegó a ser intolerable para la opinión pública a mediados de nuestro siglo, es probable que no alcanzara al 5% de los electores, dentro de un cuerpo electoral reducido, al que las mujeres recién accedieron en 1949. Es interesante anotar, en este sentido, que los grupos políticos reclutaban a sus electores en todos los sectores sociales, y que la izquierda no mostró mayor interés en extender el sufragio: temían a los electores no cultos (algo que Bismark en Europa previó certeramente al otorgar el derecho de sufragio a toda la población masculina adulta); el sufragio femenino, incluso, fue apoyado por primera vez de manera influyente por mujeres ligadas a la subcultura política conservadora.¹¹ Pero nada de esto cambia el fondo de lo que aquí se quiere expresar. Ya antes de que “derecha” e “izquierda” fueran nominadas, en los hechos la política chilena giraba en torno a este eje, aunque el grado de conflictividad entre sus dos polos fuera variable, más bien bajo si se excluye a grupos marginales. En este sentido, es difícil poner a la guerra civil de 1891 bajo la conceptualización de la diáda. Pero el eje clericalismo-anticlericalismo en torno al cual se articula la política sí lo está. Los anticlericalistas se asocian más —pero no siempre, ni todos ellos— en la “izquierda”, el liberalismo “progresista” (es decir, los que afirman la “positividad” de la historia) del siglo XIX. El partido que aglutinó al otro

¹¹ Este es uno de los aportes del trabajo de Erika Maza Valenzuela, “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio femenino en Chile”, *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995).

polo, el conservador, tenía una visión más distante de ese progreso. Pero en una sociedad “discutidora” la palabra que aparece en el frontis no excluye el intercambio de banderas en los entresuelos y hasta en los cimientos.

El sistema de partidos de la Constitución de 1925 favoreció la multiplicación de partidos, al menos hasta las reformas de fines de los años cincuenta. Esta época es también la del predominio del eje socioeconómico. La denominación es demasiado rígida (aunque no hay denominación que no tenga un fuerte grado de rigidez). Como el mismo Valenzuela aclara, los partidos recibían votos de todos los grupos socioeconómicos —aunque esto es más cierto para el centro y la derecha, ya que la votación de izquierda se detenía significativamente en los estratos medios—, por lo que el factor “clase” no puede ser el único determinante. Otra cosa es que, además de ser un factor que obviamente influye en distinta proporción, la izquierda en la política moderna supo diseñar una conceptualización atractiva que hacía leer la realidad tras una forma semántica socioeconómica, aunque el problema involucrado haya sido muy diferente. Es decir, podía darse un materialismo histórico al revés, en que el argumento material ocultase si no un “ideal”, al menos una voluntad de poder; desde Nietzsche, al menos, sabemos que esta voluntad se construye de manera sumamente compleja. Cualquiera que lea los debates al interior de la izquierda en los años sesenta y comienzos de los años setenta, no podrá —¡sobre todo hoy!— dejar de ver que tras el escolasticismo acerca de las “alianzas de clase” que había que establecer para sacar adelante un “proyecto” socialista, no existía más que una pugna por el poder, aunque ésta estuviera también henchida de entusiasmo apocalíptico. La misma palabra “proyecto” nos deja percibir el anclaje en una visión “progresista” de la historia, que por cierto no se encuentra sólo en la izquierda, como lo señalara tan claramente Mario Góngora para el caso chileno.¹²

Me parece que la expresión “socioeconómica” para definir al eje sólo abarca uno de sus aspectos. El eje de la Constitución de 1925 o, más ampliamente, del sistema político en el que se movían los partidos, duró hasta 1973, y en un debate implícito quizás una década más. El sistema político estuvo fuertemente influido por la política mundial, esto es, por las tensiones e impulsos de un debate de contornos planetarios que define a la época de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. La campaña de 1920 estuvo dominada retóricamente por el punto de referencia de la Revolución Rusa. La contienda de 1938, que tan decisiva fue, tenía como espejo a la

¹² En su conocido *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago de Chile: Ediciones La Ciudad, 1981).

guerra civil española y una crisis ideológica mundial que desemboca en la Segunda Guerra Mundial. Sin Guerra Fría es impensable la crisis nacional de 1972/73; el gradual desvanecimiento de los ánimos del marxismo y, por decirlo en una expresión, “1989”, posibilitan la convergencia de nuestra época, de la que se hablará más adelante. Si tras estas disyuntivas planetarias apocalípticas (GULAG, Auschwitz, Hiroshima y otros permiten esta dramatización del lenguaje) se daba el combate y la incertidumbre por diferentes ordenamientos económico-sociales, entonces la denominación tiene su racionalidad. Pero no se deben olvidar los impulsos de la voluntad que permitieron que emergieran esas diversas posibilidades. La díada no estaba ausente de todo esto.

Valenzuela ataca el problema muchas veces señalado, la existencia de los tres tercios, derecha, centro e izquierda, que tanto ha llamado la atención a los observadores de la escena política chilena. Añado que esto se diluye un tanto entre 1965 y marzo de 1973 para el caso de la derecha. Aunque su porcentaje de *ca.* 12% para 1965 engañó a sus rivales de entonces, en las elecciones caldeadas, de guerra larvada, de marzo de 1973 obtuvo sólo un 22%. También para entender el momento debe recordarse que ese quinto del electorado estaba movilizado, en pie de guerra, como la gran mayoría de los otros electorados. Esa vez no fue una masa silenciosa que rara vez confiesa que es de derecha. Por otra parte, Jorge Alessandri obtuvo casi el 35% de los votos en 1970, mejorando su votación de 1958 (y Allende empeoró la de 1964), y es de presumir que la pésima organización de su campaña le hizo perder mucha votación (no menos de un 5%) en los meses anteriores a la elección, quedándose con un voto fuerte atraído por su magnetismo, pero que es el tercio que se identifica muchas veces con la derecha. Valenzuela hace gala de su maestría analítica al ver el juego político de las décadas de 1930, 1940 y 1950, perdiendo después algo de sistematicidad. Se detiene muy poco en la capacidad de alianzas de la izquierda, la que era limitada y explica gran parte de la debilidad política del “Estado de compromiso” (*ca.* 1938-1970). Su mirada va al centro y a la derecha. Muestra cómo era imposible elegir un presidente conservador, a pesar de la fuerza de su subcultura, que se renueva en los años cuarenta.¹³ Por otro lado, mientras los conservadores mantenían entre sus filas sectores antiliberales (es decir, “anticapitalistas”), los liberales habían tenido su “izquierda”, que venía de antes de 1891, y que la perdieron después de 1925. Conservadores

¹³ Como lo ha demostrado recientemente Teresa Pereira, *El Partido Conservador 1930-1965. Ideas, figuras y actitudes* (Santiago de Chile: Vivaria, 1994).

y radicales podían efectuar efímeras alianzas ministeriales, pero no podían unirse todavía en una coalición presidencial; cuando lo hacen en 1963/64, es un intento desesperado que parecía el canto del cisne. La Democracia Cristiana desplaza a los radicales del centro político.

Este fenómeno está brillantemente planteado por Valenzuela. Sobre todo, demuele una idea común en ese entonces, y que muchos hemos repetido, que el ascenso demócratacristiano se debió a los “nuevos votantes”. Con un estudio de correlación electoral demuestra cómo los nuevos votantes (producto del crecimiento de los inscritos motivados por disposiciones legales) se repartieron, en lo esencial, entre las diversas fuerzas políticas. Está claro que son los demócratacristianos los que aumentan su votación, pero no por la variable “nuevo votante”, sino que por un desplazamiento político, un realineamiento electoral. “La creación del Partido Demócrata Cristiano otorgó una nueva denominación partidaria al espacio político predefinido que combinaba posturas socioeconómicas reformistas con una subcultura generalmente católica; este espacio ya había sido ocupado de manera incipiente por los segmentos socialcristianos que se desarrollaron desde 1920, si no antes, dentro del Partido Conservador (...). Pero, el ascenso de la Democracia Cristiana reflejaba también, paradójicamente, una secularización de la política chilena y en ese contexto un partido que hacía hincapié en el anticlericalismo, como el Radical, perdía buena parte de su razón de ser. La Democracia Cristiana podía conseguir adherentes dentro del segmento anteriormente radical del electorado chileno, cosas que los conservadores no podían hacer” (p. 63).

Poco hay que objetar en este sentido, pero el autor no ataca el problema central, el de la creciente hostilización que lleva, después de la constitución y desmoronamiento de la alianza de centro-derecha (1961-1964), a un rigidez polarizante. Ello es en parte por las escasas referencias a la izquierda. Pero, además, porque al tratar el mismo caso de la Democracia Cristiana, al análisis politológico se le escapa un “algo” inefable, lo que también sucede a veces con los historiadores. Existen “climas” de ideas y sensaciones que el puro análisis de cifras no revela, aunque completa. El “algo” está relacionado con los nuevos votantes, y es que crece una clase política —no necesariamente el electorado— con líderes más jóvenes que quiere que el “sistema” dé respuestas eficaces y rápidas, para luego, en la segunda mitad de los años sesenta, pasar a exigir un “cambio del sistema”. La sensación de que se estaba inminentemente ante un gran cambio, positivo, de progreso, no era monopolio de la izquierda, y tenía expresiones moderadas y extremistas. No está desconectada con la frustración con el “sistema”, la otra cara del orgullo (de la mayoría) de los chilenos por la

democracia. No está desconectada, por ejemplo, con cierto aire de aceptar los “signos de los tiempos”, interpretados de una manera “progresista”, propia a la Constitución *Gaudem et Spes* del Concilio Vaticano II, como tampoco es independiente de la Revolución Cubana. Todo ello es una gotera que va penetrando los intersticios de la cultura política y de la conducta de los mismos partidos. Se trata de un estado de ánimo que convivía con un deseo de gradualismo, incluso de carácter conservador (como lo revela tanto la votación Alessandri en 1970 como la sostenida votación de la Democracia Cristiana en los años 1969 y 1973, a pesar del vaciamiento de su *intelligentzia*). Pero era el grito del momento, sólo que unos lograron introducir la idea del cambio total y salvífico que un sistema democrático no podía resistir. Pero quién va a recoger sus frutos, eso es otra cosa.

Quisiera rectificar un punto, no muy importante, pero que se desliza repetidamente en la literatura histórica, incluyendo a Valenzuela. Es cierto que Estados Unidos comienza a jugar un papel en la política interna chilena a partir de los comienzos de la década de 1940, y el período inicial de la Guerra Fría no es una excepción. Pero la afirmación de que González Videla rompió su alianza con los comunistas “cediendo en parte a la presión de los Estados Unidos” (p. 45), aun con la calificación, sólo refuerza una imagen que por repetida no es menos falsa. El sistema de partidos chileno era parte de la política mundial desde muchos antes de la guerra, como se anotó. Comunismo y anticomunismo en Chile anteceden con mucho a la Guerra Fría, y el debate sobre si el comunismo debía ser aceptado legalmente tenía larga data; aquí no existe presión norteamericana. Hubo su cuota, pero la Guerra Fría no fue meramente una rivalidad entre Washington y Moscú, sino que el debate y la tensión acerca del destino del orden social, en algunas de sus características, afectó a casi todas las sociedades del globo. Lo que sucede es que cuando González Videla rompió con los comunistas, gozaba entonces, además, de la convergencia norteamericana al respecto, lo que naturalmente ejercía su peso en la balanza. Por otra parte, aquí no hubo quizá una influencia moscovita en el comunismo chileno. Este último se hallaba condenado, una vez llegado al gobierno de coalición, a empujar el carro del poder hacia un punto de no retorno. Su cultura política le permitía perdurar en la oposición legal, pero no podía sacar una estrategia de temporización con “el sistema” una vez llegado al gobierno. Esto se repetirá con más claridad en los años de la Unidad Popular, aunque en su autointerpretación haya jugado entonces un papel “moderado”.

El contexto de la “política mundial” es más evidente todavía si se piensa que el juego de alianzas que sucede al gobierno militar, manifiesto en todo caso desde comienzos de la década de 1980, se debe a un cambio en el

clima de ideas en el mundo. Esto sucede ya antes del fin de la Guerra Fría, y decisivo en ello fue no sólo la derrota final de la Unidad Popular, sino que la exposición del exilio chileno a la evolución intelectual y emocional de la política europea desde mediados de la década de los setenta, en lo que a marxismo se refiere. Adicionalmente, la vivencia del “socialismo real” no fue muy tonificante para la convicción de que el socialismo era una necesidad histórica. Añadamos que la derecha tuvo de alguna manera esta experiencia en la segunda mitad de los años ochenta, cuando ve que se puede acomodar con los que antes la veían como pura fuerza periclitada. Tras este cambio de panorama, Valenzuela, de forma muy esquemática, refuerza más lo que tanto se ha señalado: la continuidad del patrón electoral, izquierda, centro y derecha. Aunque el contenido es diferente, asombra la continuidad de la díada (que, recordemos, admite un centro). Pero, ¿no se trataría de un patrón extático, de una suerte de reacción previsible, refleja, de un electorado que en realidad ya no cree verdaderamente en ningún tipo de eje izquierda-derecha, como ha sido el temor —o esperanza— de muchos? ¿No es ésto lo que explica el cambio de alianzas y la distensión/desmitificación de la política chilena?

¿Cómo se identifican los chilenos según la díada?

El trabajo de Arturo Fontaine Talavera¹⁴ sorprenderá a quienes sólo lo conocen en su novela o poesía, o siquiera en sus ensayos sobre filosofía política. Todo lo que es salto hacia las potencialidades exploratorias del lenguaje está ahora excluido. El artículo consiste más bien en una exposición razonada de los resultados de encuestas efectuadas por el Centro de Estudios Públicos a partir de 1986, pero especialmente por una realizada en noviembre y diciembre de 1994, y que tenía precisamente por objeto preguntar acerca de la pervivencia de la díada. Desde luego, no se trata de si la díada existe en la clase política, sino que si ésta responde a una identificación de la población misma (harina de otro costal, si esta población ha sido educada en la díada por esa misma clase política, y no tendría entonces una respuesta “espontánea”). Fontaine no quiere que se le lea como un análisis, que despertaría sospechas de una guía prefijada. El autor sólo se presenta para ir indicando el sentido y objetivo de las diversas preguntas establecidas para determinar si el público se identifica a sí mismo como de “derecha” o

¹⁴ Arturo Fontaine Talavera, “Significado del eje derecha-izquierda”, *op. cit.*

“izquierda” (o de “centro”, que para el caso no contradice al eje o díada). Con todo, la misma disposición argumental revela una mente inquisitiva y algunas de esas preocupaciones no funcionales, más hondas, se le asoman por ahí y por allá, sobre todo al final.

La respuesta general de la encuesta parece confirmar la pervivencia de la díada, aún en el paisaje político de después de la Guerra Fría y, en general, después de la era de las revoluciones ideológicamente motivadas. Más todavía, el problema con la díada es que se afirma, no sin razón, por primera vez desde el siglo XVIII, que los hombres coinciden en un mismo modelo de orden social, el sistema democrático surgido de Occidente moderno. Esto mismo es lo que da origen al sentimiento (y *advertising*) de que el mundo moderno “se acabó”, por lo que nos autobautizamos de “posmodernos”, tal como se decía al comienzo. A pesar de lo *fashionable* del calificativo, la pregunta original parece razonable: ¿qué sentido puede tener para nuestro país la división en el eje, o díada, izquierda-derecha, si se ha desmoronado el andamiaje que lo sustentaba, el carácter, en principio irreconciliable, de visión acerca del “ser y deber ser” de la sociedad? Sería posible seguir de esta premisa que la respuesta identificadora que ha entregado el público chileno se basa meramente en un automatismo de orientación, y que no refleja en absoluto un disyuntiva real en la política. Pero antes de entregar un atisbo de respuesta debemos fijarnos en algunos elementos de la presentación de Fontaine. Para ello, se dará por supuesto que el lector conoce en líneas generales el artículo de nuestro autor.

Fontaine comienza con una advertencia esclarecedora, y que tiene implicancias para la relación del chileno el medio público. Originalmente, en las encuestas del CEP se le entregaba una regla al entrevistado, para que determinara en qué extremo de la misma (derecha o izquierda) él se identificaba. Éste, casi invariablemente, se colocaba hacia el centro de la regla, partiendo desde su origen en un extremo de la misma, de acuerdo a sus preferencias. ¿Un país de centristas? Al momento de elegir preferencias en temas específicos, sin embargo, tendía a identificarse con posiciones que eran de izquierda o derecha (o centro). Es decir, había una incoherencia entre su autopercepción de centro y sus simpatías o temores concretos, al menos en una parte significativa de los encuestados. Esto cambió cuando se le entregó un círculo en vez de una regla. El encuestado se ponía en un lugar más coherente con sus elecciones temáticas. “Con la introducción de un círculo se logró una distribución más razonable de la población. Esto quiere decir: coherente con el resto de sus opiniones. Por cierto, este tipo de raciocinio descansa en ciertas intuiciones y suposiciones en cuanto a lo que cabe esperar de una persona que se declara de izquierda, derecha o centro.

¿Hasta qué punto esas intuiciones y suposiciones son acertadas? ¿No será hora de revisarlas” (p. 81).

El autor llega así, como anotándolo al pasar, al corazón del asunto. Pero antes hay que detenerse un instante ante esta reacción del chileno medio. Su respuesta ante la regla podría ser un signo o de moderación o de apocamiento, ambigüedad en la que (Joaquín Edwards Bello quizás estaría de acuerdo) se mueve el chileno, y sobre lo que se podría discutir infinitamente. Pero lo cierto es que en Chile se produjo transitando hacia sistemas políticos más estables, de manera más rápida que en otras sociedades del continente, pero todavía lejos de los modelos de Europa Occidental y EE.UU. Entre 1810 a *ca.* 1860 se da una consolidación relativamente rápida, con un remanente de alteraciones entre 1830-1860. Después está el gran relámpago de 1891. En el siglo XX encontramos primero el período de 1924-1932, de sucesiones en las que no está ausente el factor melodramático. Más seriamente, y con actores más decididos, la crisis nacional de 1972/73 se resuelve en el largo gobierno militar que, con todo, tiene varias etapas. Este recuento sólo vale como recordatorio de que el país no ha tenido un desarrollo unilineal. Sin embargo, la sensación de “moderación” no es falsa si construimos un “índice de violencia” comparativo con la región. Y esta diferencia, incluso teniendo en cuenta su elemento mistificador, ha penetrado profundamente en la conciencia nacional. A esto se añade la “lección de la historia” reciente, la idea de que es necesario huir de los extremos (que la historia entregue “lecciones” certeras, eso es otra cosa). Incluso esos extremos, entendidos como las alas del eje (o díada), se expresan a sí mismos como pertenecientes a una suerte de consenso; el “centro” ha ocupado buena parte del espacio político, aunque su acentuación en cada tercio se oriente más a sus visiones específicas. Pero esto no llega hasta el punto de que sean irreconciliables con los del “otro lado”. De esta manera, se puede percibir un profundo rechazo (implícito, ya que el recuerdo histórico consciente es muy mediocre en Chile) a la polarización de los años sesenta y setenta, aunque en lo recóndito se acaricien determinadas imágenes acerca de los años de la Unidad Popular (el más silenciado) y del Gobierno Militar.

Todo esto sea dicho, en efecto, porque puede dar una pista profunda el que los chilenos se sientan cohibidos (quizás, repelidos) frente a una regla que separa y obliga a distinciones reales o imaginarias, y que fuerza a una toma de posiciones que viola el “espíritu del momento”. No obstante, la actitud cambia ante el círculo, ya que la afiliación a un mundo de lealtades e ideas no aparece en ruptura irreparable con la totalidad, con los otros dos tercios, con la otra cara de la díada. ¿Existe otra manera más gráfica —algunos dirían, empírica— de expresar nuestro *Zeitgeist*? Ya cada día son

menos los que se indignan de que todos sean amigos de todos apenas se pisa el espacio público, y los esfuerzos por crear un factor dramático, en todo aquello que no sea puntualmente una herencia del pasado como el “caso Contreras”, cae muy pronto bajo el estigma del bufonaje, o simplemente del tedio. El afán de “consenso” es a veces objeto de una crítica que proviene de un “malestar con la cultura”: la sociedad habría perdido un metal precioso, su “idealismo”. No es pequeña la verdad que aquí se esconde, pero generalmente se olvida la otra cara: que la era de las ideologías, es decir, cuando éstas daban el *bon ton*, llamó “idealismo” a un frenesí que quizás ha agotado las energías éticas del ciudadano. El “cambio de sistema” se reveló un fraude intelectual antes que un desengaño. Y, ¿no se anhelaba la paz como el bien supremo?

Pues bien, ésta no se parece a un idilio paradisíaco, sino que es siempre un remanso entre los rápidos del decurso. Instituciones y legitimación harán de muelle para los trastornos de la historia, pero la posibilidad de desmoronamiento acecha en cada curva. El caso es que vivimos un período de *juste milieu*, que no provoca ímpetus heroicos ni hechiza como epopeya, pero que nos parecerá irresistiblemente seductor cuando haya desaparecido. No existe otro período de la historia de Chile que sea menos conflictivo que el actual, ni que se haya presentado con tanta promesa de mejoramiento material, como el que ahora vivimos. Ciertamente, muchos apuntarán a sus defectos visibles y abrumadores: el grosero materialismo que ostentan siempre los sectores que se favorecen con un desarrollo rápido, cualquiera haya sido el origen social de sus actores; el bienestar que se expande, pero que no llegará a todos, y a los que alcance les llegará en menor medida que a los “más iguales entre sí”; el cinismo o indiferencia por el espacio público y el declinar de un sentimiento del deber por el todo; la degradación ambiental (que empezó hace mucho, mucho tiempo); la violencia en las calles; la pérdida de “espíritu de cuerpo” en los funcionarios públicos. Además, todo el catálogo de incógnitas de los problemas universales que también nos afectan. Pero, si se enfoca un momento de acuerdo a parámetros como éstos, ¿no se juzga a la época por un metro que ninguna época de la historia ha podido cumplir, ni cumplirá jamás? ¿Sería realismo o pesimismo (políticamente) interesado enfocarlo de esta manera? El ver su cara soleada, ¿es sensatez o presencia del espíritu *petit bourgeois*?

Entonces, la preferencia por identificarse con el círculo no debe ser mirado bajo el único juicio del apocamiento de un “hombre de gris”. Establece también una sensación de sano remanso que preside esta época, la que convive con un nihilismo que se desliza por todas nuestras fallas, pero cuyas virtudes no se nos deben olvidar ni por un instante. En todo caso, la prefe-

rencia por el círculo, que apenas está dicha escuetamente por el autor, establece el punto de fuga según el cual hay que examinar las respuestas de los encuestados.

En la primera parte, cuando se plantean las preguntas que normalmente diferencian entre izquierda y derecha, lo que más llama la atención es el grado de consenso. Claro que en la derecha se valora un poco más el orden que la democracia, como en la izquierda se da un levísimo acento más fuerte (menos del 1%) en la planificación estatal que en el libremercado, pero insignificante en su magnitud total. La población manifestó mayoritariamente una clara preferencia por la democracia antes que por un orden autoritario, pero, después de la transición, ¿quién no dice lo mismo? Porque otra cosa habría sido hacer la encuesta el 10 de septiembre de 1973. “[Por tanto] cabe concluir que la población valora el orden sin dejar de valorar la democracia. Más bien, le exige a la democracia que asegure el orden. Con todo, tampoco esta pregunta revela los valores o bienes característicos de corriente política alguna. Ello, porque el grado de acuerdo es demasiado amplio y no permite descubrir los anclajes que definen a las distintas corrientes políticas [p. 100].” Mas, si se acepta este hecho, surge nuevamente la pregunta: ¿existen las diferencias reales entre izquierda y derecha en Chile, dentro de la población y no meramente dentro de la clase política?

Antes hay que decir que aparecen al margen, además, algunos datos curiosos a primera vista. Medida la religiosidad en asistencia al templo, la derecha es más religiosa; medida en favorecer o no la ley de divorcio, en la población de izquierda se da más oposición al divorcio que en la de derecha. La gran mayoría, en todos los sectores, condena el aborto, aunque alguna parte sustancial lo acepta en casos muy específicos. Todo esto podría diferir de lo que es el eje o díada en la clase política. La religiosidad popular, aunque ha veces mitificada, y que además penetra profundamente en la clase media (universalmente, el más complejo de los sectores sociales), no se puede aquilatar en una encuesta de este tipo, y supera a la mera asistencia al templo. También en los estratos altos, como se ha dicho. Respecto a la asistencia al templo, existe hoy un factor de status y poder en la “misa del domingo” —aparte de su manifestación exclusivamente religiosa— que podría relativizar el valor de este aserto, aunque Chile no ha dejado de ser un país de “cultura católica”. La encuesta revela a un público políticamente más informado en la izquierda que en la derecha. Fontaine sostiene, con razón, de que a la derecha le ha sido históricamente más difícil encauzar a su público en los partidos políticos. Añadamos que la derecha ha sido extremadamente indiferente a crear un “cultura política de derecha” en un sentido amplio, más allá de la mera afirmación de frases rituales o exposición de

doctrinas dogmáticas. Por último, algo que los resultados electorales, por lo demás, anunciaban: el multclasismo de la votación de los ejes, siendo más llamativo el caso de la derecha. Cincuenta y cuatro de cada cien votantes de la derecha proviene de los sectores que están en la base de la pirámide social; esto sólo podría expresar que la derecha debiera ser capaz de abarcar algo más allá del tercio, demostrando que no es un voto antinatural (o “enajenado”, como hubiera sostenido la izquierda de otrora). El por qué no ha sido capaz de lograrlo, es una pregunta que no se afronta ni en el trabajo de Fontaine ni, donde sería más probable encontrarlo, en el de Valenzuela. Quizá tiene que ver con la eterna guerrilla interna de la derecha y sus repetidos intentos de suicidio, antes y después de 1973, y todavía, con perseverancia digna de mejor causa, después de 1988 hasta nuestros días. El que perviva dice mucho acerca de la estructuración profunda de la sociedad chilena. Pero también el deseo profundo expresado por el “círculo” y la fortaleza de la izquierda, a pesar de cambiar tan espectacularmente de banderas, le augura un futuro no desdeñable. Mas, ¿tiene futuro la díada?

Para poder captar una mentalidad colectiva que represente a la díada, la clave es acertar “con un lenguaje capaz de recoger las intuiciones de la población”. El entrevistado tendría entonces que escoger entre dos alternativas. Se arrinconaría al “hombre de gris” en un terreno que ahora —y en la mayor parte de su historia— aborrece. Además, estas dos alternativas no serían claramente contradictorias, sino que en cierta medida complementarias, “justicia social” versus “desarrollo económico”; “orden” versus “democracia” (en vez de, v. gr., “igualitarismo” versus “desarrollo”; “orden” versus “caos”). Aquí afloran las diferencias, aunque no de una manera total, es decir, por ejemplo, no toda la izquierda valora la democracia por sobre el orden. Con todo, en la derecha, centro e independientes, el orden prevalece por sobre la democracia; pero no así en la izquierda. En la otra pregunta, en cuanto a los valores económico-sociales, las preferencias (o elecciones forzadas) están repartidas: en la derecha y en el sector de los independientes se prefiere el desarrollo, y en el centro y la izquierda se prefiere la “justicia social”. Entre democracia y desarrollo económico, una dicotomía más difícil para el encuestado, la respuesta fue clarísima en favor del segundo.

Si nos atenemos a las respuestas de la población total, hubo marcada preferencia por el orden sobre la democracia; en los estratos más bajos hay más preferencia por el orden que en los más altos. También hay que tener en cuenta que cuando la democracia aparece consolidada, la prioridad de la misma no le debe aparecer muy alta a la población, aunque Fontaine anota que ella adopta una actitud hobbesiana al preferir la seguridad antes que la libertad... llegado el caso, añadimos. Sin embargo, no hay que olvidar que

se trata de un más sobre un menos, y casi tan importante como la relativa mantención del eje, es la preeminencia de los acuerdos sobre los desacuerdos, y de las leves mayorías sobre las minorías (v. gr., en Renovación Nacional se prefiere por relativamente estrecho margen —57% versus 43%— el crecimiento económico por sobre la igualdad de oportunidades). La metodología de la encuesta supuso que en una diada donde predomina la moderación, de acuerdo a lo planteado por Bobbio, la opción que se desecha le aparece al encuestado también muy valiosa, sólo que se ha visto forzado a favorecer una que aprecia en mayor medida. Pero la tesis es que el eje o diada se mantiene, y la pregunta clave para Fontaine es qué nota le pone cada encuestado a los últimos presidentes de Chile. La respuesta, para el autor, es coherente con el eje, ya que la derecha y la izquierda le ponen la mejor nota (un cinco, por lo demás) a “su” Presidente (Pinochet y Allende, respectivamente); siguiendo con lo que aquí se podría llamar “síndrome del círculo”, la derecha y la izquierda valoran bien a Aylwin, casi como a uno de los suyos, pero no deja de existir ese porcentaje mínimo de diferencia que crearía una derecha y una izquierda (y un centro).

Todo esto daría posibilidad para que se desarrollara un tipo de persuasión política que, combinando estos resultados (desarrollo económico, igualdad de oportunidades, democracia y orden) y evitando el “anclaje histórico” (Allende-Pinochet), pudiera desarrollar una exitosa seducción del electorado. Pero el autor a estas alturas se desvincula de su razonamiento “técnico” y aparece la voz del que especula sobre la política, tan inseparable de la “historia” entendida como “proceso”: “Sabemos que las anclas del pasado no se levantan, tampoco, por una mera resolución individual. Ante esas pertenencias y raíces tienen un poder limitado las argucias del cálculo de la razón y los intentos de la voluntad por persuadir. Por eso, a la postre, los acontecimientos políticos verdaderamente decisivos y originales toman al analista por sorpresa” (p. 123).

¿Tiene futuro la política?

No es la primera vez que se plantea la pregunta. El cansancio con la política fue la otra cara de la política chilena a lo largo del siglo, hasta 1973. Al comienzo, fue un deseo expreso del gobierno militar el poder responder con un rotundo “no”. La negación de la política (por medio de la confiscación y canalización del deseo político espontáneo) le es inherente a los sistemas totalitarios, lo intuyeran o no sus numerosos partidarios en Chile en el pasado. La oposición al gobierno militar levantó una cierta nostalgia, e

idealización, por el mundo político del pasado. En 1989 y 1990 —y no solamente en las filas de la Concertación— se dio una suerte de euforia por la transición. Pero una vez arribados a la “paz”, que tiene no pocos atributos de la paz posible en este mundo, se expande una sensación de desencanto, que tiene bastante analogía con el espíritu del mundo moderno descrito por Max Weber: la ilusión pulverizada por la razón y el espíritu científico. Y se le añade otro elemento, puede ser que implícito en Weber: el reino de la indiferencia por lo público, el “malestar con la política”. Ya no sólo Pinochet se refiere, con las palabras o la expresión facial, a “los señores políticos”. Pero, ¿augura este ánimo algo bueno para la sociedad?

Frente a esta situación se deben contraponer otros hechos. Más arriba se anotaron las virtudes de una época que carece de conflictos políticos radicales que fracturen a la nación, así como se ha demostrado que hay una capacidad productiva antes no sospechada. No existe un deseo manifiesto de rebelión, lo que es común con muchas otras sociedades del continente, por ahora. Pero, a diferencia de lo que ocurre en otros países, la gran mayoría de los chilenos vota en las elecciones y paga impuestos, y el malestar con los políticos en estos momentos no supera el sarcasmo del murmullo.

Pero, lo más fundamental, ¿se puede constituir un liderato que despierte la lealtad y un impulso de identificación con la sociedad en Chile? Es aquí donde puede filtrarse un líquido corrosivo que destruya el tejido del espacio público. Éste no corresponde al simple encuentro del Estado con el ciudadano, sino que, más ampliamente, a lo público con lo privado, en donde el hombre fuerte se siente en un hogar en ambos, y por ambos tiene que disputar; la disputa en la sociedad civilizada adquiere el carácter de la “discusión”, en donde argumento y emoción establecen un balance gradual e inestable. Este es el plano en el que las sociedades como la nuestra son particularmente vulnerables. Es aquí donde se va a decidir si el eje o díada izquierda-derecha puede dejar de ser la expresión de un automatismo que se desvanece, o se seguirá definiendo un nervio que le otorgue sentido a nuestra aproximación a lo público, aunque sin el dramatismo de antes, o su grandilocuencia. La encuesta no pretende responder a esta incógnita y Fontaine lo sabe. Alguien podría alegrarse de la desaparición de la díada, pero, ¿no estaríamos reemplazando a 1984 por *La naranja mecánica*, sobre lo que tantos indicios recogemos días a día?

El eje o díada nació y morirá con la política moderna. La sociedad “discutidora” no depende de una pura pendencia verbal, sino del vínculo que el hombre siente con las posibilidades que le ofrece y le demanda la sociedad en la que está incluido, y que se expresa en “qué es y qué debe ser” nuestra *polis*. Esto tiene su presupuesto: la distinción Estado-sociedad civil

que crea el espacio público como la inextricable combinación de derechos y deberes. Frente a las dudas en la política nacional, surgen voces que no temen expresar francamente la diáda. El “deber ser” aparece como la aceptación franca del postulado de Bobbio, que la igualdad debe ser el corazón (“estrella polar”) ineludible de la izquierda, “puesto que todavía vivimos en un planeta donde los menos viajan instalados en la balsa, mientras los más nadan desesperadamente alrededor de ésta”.¹⁵ Pero surge una reacción que no necesariamente es “reaccionaria” (la idea de la negatividad de la historia), que pone el acento en el “es” y en las condiciones que primero permitieron la construcción de la balsa. Sólo su conocimiento permite que todos vean en su interés la construcción de más balsas. Repartir los puestos de la balsa llama a convocar una vez más a Mr. Hobbes con su Leviatán; claro que nadie puede asegurar quién finalmente desempeñará este papel, y quién logrará permanecer o alcanzar la balsa. Me parece que éste es el sentido de lo que se ha dicho hace unos pocos años, pero en nuestra circunstancia y desde una perspectiva de derecha, que el “sentido de la autoridad es característico de la derecha y es algo que la separa en forma nítida de la izquierda, de la mentalidad liberal y de los demagogos que desvirtúan la democracia”.¹⁶ Como se ha dicho, el centro pertenece también a este universo de la diáda, y sería interesante un estudio monográfico que analizara el debate expreso que al respecto se ha dado en estos últimos años.

¿Nos abruma la opacidad de que podamos mantenernos en la orientación estelar de la diáda? El referirse a un eje izquierda-derecha no obliga a enfocar todo nuestro mundo público según sus coordenadas. Simplemente nos fuerza a sentirnos como parte de la “política moderna”, para la cual no hay sustituto salvo el Leviatán, que llegado el momento —la encuesta lo recuerda— es la preferencia de no pocos. Pero el desafío que nuestro tiempo arroja a la política chilena es que debe sobrevivir sin las fanfarrias y dramatismos del pasado, con la penumbra de la luz demasiado clara, que enciende

¹⁵ Agustín Squella, “Las lecciones de un octogenario” y “La confusión de la izquierda”, ambas en *El Mercurio*, 20 de junio y 4 de julio de 1995, respectivamente. La izquierda hoy día en el continente ha sido analizada en profundidad por dos autores que provienen de su campo. Uno es Jorge Castañeda, en su libro *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina* (México: Ariel, 1993), que tiene un carácter básicamente propositivo y apunta en general a la igualdad. Cfr. Joaquín Fernandois, “La nueva izquierda a la ofensiva”, *Estudios Públicos*, 56 (primavera 1994), pp. 251-263. Otro libro es el de José Rodríguez Elizondo, *Crisis y renovación de las izquierdas. De la Revolución Cubana a Chiapas, pasando por el “caso chileno”* (Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995), un ensayo histórico, pero más profundo que el de Castañeda, que en lo sustancial va a reforzar lo que se cree es el camino moderado (de acuerdo a Bobbio) que debe seguir la izquierda.

¹⁶ Javier González Echenique (editor), *La Derecha. Un enfoque chileno* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios Generales, 1991), p. 83.

los colores mediocres de la vida cotidiana. La “crisis del héroe” tenía que llegar finalmente a la política, donde un dejo de sabor epopéyico le otorgaba un aura que encendía una imaginación necesaria para ir decidiendo paso a paso el “ser y deber ser” de la sociedad. Quizás se trata de otro efecto de la era de la informática y de la imagen transportada al hogar.

Es el último capítulo de la crisis de la legitimidad trascendental con que se inauguró la política moderna. No hay regreso a la magia anterior, al menos manteniendo un alto grado de civilización, y el totalitarismo es su demostración más palpable. La política moderna en Chile deberá sortear este obstáculo sutil e insidioso, y tendrá que apreciar que en una gran cantidad de “temas políticos” la existencia de la díada nos puede dar, al menos, un hogar momentáneo para un fin determinado. Es parte de una antropología de lo moderno. Habrá que transmitir un sentido de pasado que no lo sublime en exceso, pero que no destruya sus símbolos. Habrá que mostrar al presente como un puente precario, aunque no letal. Y habrá que señalar hacia un futuro cuyo sentido será elaborado a partir de herencias, pero cuya imagen final habrá que ir escogiendo en cada momento. En buenas cuentas, la política moderna no se puede separar de la idea de un tiempo histórico y de un vínculo hacia lo inexpresable. De esta manera, nuestra importancia no nos aparecerá excesiva —y evitaremos una autoreferencia inmovilizadora—, y a la vez nuestra vida limitada adquiere una significación que va más allá de ella. Esto está dicho a partir de uno de los cuerpos de la díada, pero no es nada que no sea iluminador y necesario de asimilar por el otro cuerpo. □